

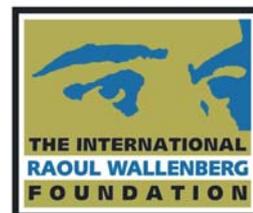
AARON TSEITLIN



Antología poética

Por Eliahu Toker

Edición digital exclusiva de



Antología poética de Aarón Tseitlin

Por Eliahu Toker

También a mí me disgusta la metáfora vacía, / también yo soy, como tú, un realista, / sólo que mis realidades / no alcanzan para ti. // Yo también desprecio la retórica, / sólo que Dios es real para mí, / el alma, para mí, algo tangible / y concretos la culpa y Satanás. // Todo lo que para ti es retórica, / para mí es real y natural, / no meras palabras, versos a pulir, / materia literaria. // Mi verdad tiene otro rostro / que forjaron generaciones, / y otro es mi realismo, / el realismo de un judío.

Este texto de Aarón Tseitlin resume el misticismo que atraviesa toda la obra de este poeta ídich, cuya íntima relación con la figura divina se expresa dialogando a menudo con ella, peleando, imprecando e, incluso, apiadándose a veces de la impotencia de ese Dios. “¿Y tal vez Él no sea tan gran Señor / como los filósofos lo consagraron? / ¿y tal vez padezca igual que la gente? / ¿y tal vez no sea en absoluto tan poderoso? / ¿y tal vez golpee al portón de los mundos / cada noche, como un mendigo agobiado?” Primogénito del famoso escritor y pensador religioso Hilel Tseitlin, Aarón nació en 1898 en Uvarovich, Rusia Blanca, y en 1907 se radicó con su familia en Varsovia. Poeta, ensayista, dramaturgo y periodista, utilizaba el ídich como su principal lengua de expresión poética, pero con idéntica soltura creaba en hebreo. En esta lengua publicó en dos grandes tomos una suerte de antología titulada *Ha'metsiut ha'ajeret, La otra realidad*. Pero no se consideraba un escritor bilingüe: “Yo escribo en una sola lengua, en la lengua sagrada ídich y en la lengua sagrada hebreo; se trata de una sacralidad lingüística interior. Cuando compongo un poema en ídich no me doy cuenta de que estoy escribiendo en ídich y lo mismo me pasa al escribir en hebreo. La que yo utilizo es la lengua sagrada del alma judía, de todas las almas judías”.

Ligado al movimiento expresionista, redacta en Varsovia desde 1930 una revista literaria, *Globus*, interesada en profundizar problemas de poética. El judaísmo no estaba de moda por ese entonces en el mundo literario, y mucho menos el misticismo judío — la revolución social era considerada la respuesta a todos los problemas de la humanidad —, sin embargo Tseitlin no sólo continuó desarrollando poéticamente su particular visión de mundo, sino que lo hacía sin ocultar sus dudas y contradicciones. “Yo no sólo no escondo mis contradicciones íntimas, sino que les doy especial expresión, las subrayo. Más aún, no puedo imaginarme una poesía que no esté movida por fuertes conflictos interiores. Dicen que soy un poeta religioso, pero la poesía, en la medida en que merezca ese nombre es, a mi juicio, de todos modos religiosa, siempre que no se entienda ese término en un sentido estrechamente ritual. Es religiosa incluso cuando blasfema. Pero en mi caso, yo diría que más que la religión lo que me ocupa es la fe. Y yo definiría la fe como algo dinámico y dialéctico; es decir, no algo cerrado y congelado, sino como un proceso continuo. Un personaje de Dostoievsky dice en alguna parte ‘Durante toda la vida me torturó el tema Dios’. Esto es lo que yo llamo fe.”

Algunos de sus poemas ironizan a los escépticos: “Ustedes dicen: ‘¿Qué nos importuna / con realidades diferentes de esta / que conocemos por nuestros sentidos? / Con los dos pies estamos parados aquí / sólida, segura y concretamente. / También a la luna hemos de acostumarla / a los pasos del hombre. / Hemos de instaurar / nuestra realidad / sobre las estrellas / y ellas han de volverse mundos / iguales al nuestro. / También allí, sobre aquellas tierras, / hemos de erguirnos sobre ambos pies, / sólida, segura y concretamente.’ // Pero tontos, ¿es que acaso están parados vuestros pies? /

¿Está la tierra detenida acaso? / Por el contrario, / la tierra es sólo una porción de cielo.
/ Junto con ella viaja el hombre; / junto con ella, sus pies. / Sólo esto es seguro y
concreto: / todo es espíritu y está en el espíritu; / todo está en los cielos, y es cielo”.

Desde ya que una parte importante de la poesía de Tseitlin está marcada por la Shoá,
durante la que fueron asesinados su esposa y su único hijo, mientras él estaba ausente
de Polonia. Pero resulta sobrecogedor encontrar entre sus textos, como entre los de
otros poetas ídich, uno premonitorio, escrito en Varsovia en 1933: “¿Quién tiene la
culpa de que sucumbamos, / de que no sepamos qué hacer con nuestras vidas! /.../
Quien sucumbe es culpable. Desolación es culpa; / y la culpa es castigo, y el castigo no
ha de omitirnos / porque se rebasaron las medidas / y lo que una mano siembra, ha de
cosecharlo. // Gases han de asfixiarnos. Hemos de yacer bajo cenizas / y el verdor
heredará las parcelas muertas; / y una joven lluvia lavará la vieja tierra / y las cosas
hablarán una nueva lengua / y Dios descenderá y resonará la risa de los niños”.

Y también cabe un paralelo entre Tseitlin y otros poetas judíos, en la expresión de la
culpa por haber sobrevivido. Escribe Tseitlin: “Me fui a tiempo y Dios ocultó / de mí
los horrores. / ¿Por qué? ¿Por qué me fui de Polonia? // No tuve el privilegio de andar
con mi pueblo / la senda de fuego, / y me tortura, como un pecado imperdonable / la
culpa de seguir viviendo, / de seguir viviendo y haciendo versos”. Del mismo modo
escribía Leivik: “Yo debí morir con vosotros / pero las fuerzas me faltaron, / y ahora lo
hago todo por ocultar / el debatirse de mi verbo, de mis manos. // Ni la ira ni el dolor
ayudan a ahogar / en sus abismos tormentosos mi culpa de ser; / la culpa de que las
llamas de Treblinka / hayan omitido mis entrañas”.

Pero, sin embargo, Tseitlin se apiada de Dios: “Me dan ganas de blasfemar por el dolor, / de
blasfemar por el desastre que nos sucedió, / pero percibo la desventura del Creador; / puede
que ella sea todavía más atroz. / Tras Maidanek el Creador es un Job, / un Job que no puede
demandar a un Creador; / y cuando yo increpo, Él mismo increpa en mí. / En Él el llanto / y
todas las penas en Él. // Enloquecidamente gira un círculo en un círculo, / y por los años que
se hunden en maldad, / se deja oír – y yo también lo percibo – ese gemido, / el gemido de
pena por Dios”.

En 1940, tras pasar diez meses en Cuba, a la que dedica un ciclo de poemas, Tseitlin se
radica en los Estados Unidos, donde aparecen, en 1967 y 1970, dos grandes volúmenes
que reúnen toda su obra poética en lengua ídich: *Lider fun jurbn un lider fun gloibn*,
Poemas de desolación y poemas de fe. Poco después, en 1973, fallece en Nueva York.

Ser judío

Ser judío significa correr hacia Dios siempre
aun siendo alguien que huye de él;
es esperar escuchar cualquier día,
aun siendo ateo,
la trompeta del Mesías.

Ser judío significa no poder abandonar a Dios
aun queriendo hacerlo;
significa no poder dejar de orarle
aun de vuelta de todas las plegarias,
aun de vuelta de todos los aúnes.

Si ves sufrir y no te enfureces

Alábame, dice Dios, y sabré que me amas.
Maldíceme, y sabré que me amas.
Alábame o maldíceme
y sabré que me amas.

Canta Mis gracias, dice Dios.
Levanta los puños contra Mí e injúriame, dice Dios.
Canta Mis gracias o injúriame;
también la injuria es una alabanza.

Pero si permaneces encerrado en tu indiferencia,
y atrincherado en tu qué-me-importa, dice Dios,
si miras las estrellas y bostezas,
si ves sufrir y no te enfureces,
si no bendices ni injurias,
significa que te creé en vano, dice Dios.

Una lluviecita

Ángeles que no crecen ni mueren;
planetas cansados que rotan sin fin
sobre sus propios ejes;
seres de lejanas galaxias cósmicas,
envidian a una lluviecita que salpica,
mezclada con sol, rápida y luminosa;
que, como la vida,
llora un poquito, ríe un poquito y desaparece,
dejando, por toda herencia, sobre la tierra,
un retoño verde.

Respecto de mí

Soy metafísico y periodista:
busco la rima
entre eternidad y desperdicio.

Soy la necesidad de Dios del ateo
y la melancolía del humorista.

Soy un bufón:
mis realidades
se burlan de vuestras realidades.

Hay en mí un muerto
que observa
cómo yo, el viviente, vivo.

Soy un sectario
que no pertenece a secta alguna.

Mi ojo pretende ver el mirar.
Mi oído quiere escuchar el oír.

Porque a la muchedumbre le resulta sospechoso todo sí,
tomo venganza sin los sabios noes.

También sobre la palabra y sus sentidos
quiero encender un nuevo ojo;
como una estrella, un tercer ojo:
el tercer ojo del ciego.

Yo soy yo, más... (Fragmento)

Yo soy yo, más
un libro que leo,
más años que van y vienen,
más todas las máscaras que llevo de día,
más lugares por donde ambulo
de noche en sueños,
más todo lo que quiero y espero,
más todos los todos, sin límite ni término.

Ustedes dicen...

Ustedes dicen: “¿Qué nos importuna
con realidades diferentes de esta
que conocemos por nuestros sentidos?
Con los dos pies estamos parados aquí

sólida, segura y concretamente.
También a la luna hemos de acostumbrarla
a los pasos del hombre.
Hemos de instaurar nuestra realidad
sobre las estrellas
y ellas han de volverse mundos
iguales al nuestro.
También allí, sobre aquellas tierras,
hemos de erguirnos sobre ambos pies,
sólida, segura y concretamente”.

Pero tontos, ¿es que acaso están parados vuestros pies?
¿Está la tierra detenida acaso?
Por el contrario,
la tierra es sólo una porción de cielo.
Junto con ella viaja el hombre;
junto con ella, sus pies.
Sólo esto es seguro y concreto:
todo es espíritu y está en el espíritu;
todo está en los cielos, y es cielo.

Desde el profundo desconocido

Yo vivía hondamente en mí,
no donde me encuentro.
El estar, el encontrarse,
eran para mí sólo intuición.

Me enviaban mensajes
desde el profundo desconocido.
Largos años me esforcé
por descubrir al barquero.
Largos años me esforcé
y ya estoy cansado
de adivinar e interpretar.

¡Oh, amada mía, te quiero;
estoy totalmente pendiente de tu labio;
tiemblo por tu pequeña mano!
Pero también tú, también tú
eres intuida por mí,
intuida solamente.

Ardiente exterior

¡Si pudieses oír!
Las estrellas ríen
carcajadas de fuego
cuando las paredes,

esos oscuros guardianes,
guardan tus sueños.

Tú crees que duermes.
Las paredes creen que cuidan.
En el afuera cósmico,
ardiente de estrellas,
ven que tú giras
como gira tu planeta.
Tu fin está entre mundos,
y tu cama, en el cielo.

Visitas

Nosotros somos visitas, nunca nos arraigamos
en arenas terrestres, en *mío y tuyo*;
nos resulta ajeno lo sólido y asentado,
somos pájaros sin nido, visitantes apresurados.
nosotros sólo somos minuto, viento, hálito;
nube del anochecer, mitad sombra, mitad sangre,
nube del anochecer, sin tiempo vacante,
que se apresura y cambia, mudanza tras mudanza.
No nos queda un sitio, el mundo nos resulta chico.
Debemos transcurrir, no nos queda tiempo.
No nos queda tiempo, en algún lugar nos esperan.
¡Rápido, rápido! Por si las puertas se cierran.

El otro mundo del otro mundo es este mundo

El otro mundo del otro mundo es este mundo,
el mundo de aquí.
Los espíritus de los seres del otro mundo
somos nosotros, que llenamos este lado,
el lado del empeño, el lado del hacer.

Yo, Aarón de aquí,
soy el espíritu de un Aarón de allí,
y lo que yo hago aquí resuena sobre aquél,
a quien no conozco y conozco:
mis actos se hacen el paraíso de aquel Aarón
o su infierno.

Aarón de aquí,
no tortures al de allí; él es tú.
Entrégale actos
límpidos y nobles. Ilumínalo
desde aquí, desde este mundo.
No te apartes de tu propia carne y sangre.

Sencillo

Todo este asunto
que llamamos mundo,
que llamamos persona,
que llamamos historia,
es, tal vez, en esencia
tan terriblemente sencillo
que cuando logremos
levantar el velo,
nos echaremos a reír
y nos dejaremos caer
de Dios a los pies:
¡Fíjate, mira,
lo sencillo que es!

Imagen

“Es gloria de Dios tener secretos...” (Proverbios 25:2)

¿Quién dice que imagen es evidencia?
La imagen es aquello que oculta.
Cuando Dios quiso ocultarse
creó la imagen.
El mayor de todos los creadores de imágenes,
cuanto más revela, más oculta.

La clave

Tus ambiciones diurnas
son tus sueños nocturnos.
Tu noche es como es tu día.

¿Dónde está la clave de la muerte?
Está en tus jornadas.
Tal como las vivas
así morirás.

Cuando la gris madrugada disuelve los sueños

La banda toca con todo.
La banda toca y los bailarines mueven las piernas.
De pronto pega el silencio un papirotazo;
los músicos se vuelven: — ¿Qué sucede?

La gris madrugada disuelve los sueños.
Se burla en la sobria ventana:
— Tontos musiqueros, vuestra paga está *kaput*

esqueletos no pagan.

Para cadáveres fue el concierto
y los difuntos volvieron a sus fosas.
Del baile, vuelta al gusano.

– Madrugada, ¿de qué te burlas, gris y fría?
¿Ni paga ni bailarines? ¿Y qué hay con eso?
Lo importante fue el juego.

¿Nu? ¿Y?

Tengo alquilado un cuarto. Cuando me voy
me llevo la llave. En el cuarto queda
el silencio encerrado.

Por la noche, cuando vuelvo, él se levanta contento de un salto.
Tal vez traiga alguna respuesta a sus porqués.
Se levanta de un salto y me mira a los ojos. ¿Nu? ¿Y?

¡Eh! ¡Dónde!
hago un gesto con la mano.
Él yace tendido sobre la cama
como un pájaro medio muerto.
(Yo no tengo para él consuelo... ¿Cómo dice Baudelaire?
Poetas, albatros rengos...)

Lobos

Y en cuanto el reloj dé las doce
van a venir manadas de lobos
gris cenicientos; van a venir
y alzar un llanto salvaje.

En cuanto el reloj dé las doce
los lobos van a comenzar a gemir,
y tú tienes una puerta abierta
por la que van a entrar corriendo en ti.

Y a la noche siguiente vendrán los lobos
y tú le pedirás a tu propia sombra “¡ayuda, socorro!”
pero tu sombra permanecerá inmóvil sobre el muro,
petrificada, y tú estarás solo.

¿De qué puede servirte tu pedido de socorro?
Las doce son las doce y aparecen los lobos.
De ti, de ti mismo
es de donde vienen los lobos.

El fondo

¿Ser o no ser? Ésta no es la pregunta.
Sentido o sinsentido, quiero saber.
Tal vez desde hace mucho, el balance divino
haya hecho pedazos nuestras humanas cuentas.

El balance justo es redondo:
luna clara sobre valles ensangrentados.
Pero las unidades lloran
como niños torturados.

Ser o no ser no es la pregunta;
Sentido o sinsentido quiero saber.
Quiero una rendición de cuentas no-divina
por las lágrimas que los no-divinos debemos verter.

Asesinos y palabras

Cada día soporto menos
las palabras que digo,
las palabras que otros dicen.

El mundo está colmado de palabras.
La tierra está colmada de matanza.
No existe región suficientemente apartada
para librarte
de asesinos y de palabras.

Dramas en él

Un actor le preguntó
a mi padre cierta vez
si vendría al teatro.
Entonces sus pupilas
se sobresaltaron
como pájaros sacados
de improviso del sueño.
Yo tengo – dijo – mi propio teatro.

Aquél no entendió, pero yo sabía bien
a qué aludía mi padre.
Sentado entre sus cuatro paredes
sin cesar, sin cesar,
sin que nadie los viese,
sin que nadie lo supiese,
en él
subían dramas a escena.

Dios, dejaste de creer en mí

Dios, dejaste de creer en mí,
eres un hereje, Dios, un hereje de mí;
me arrastro en cuatro patas al abismo
y no sé cómo se sale de allí.
No sé cómo se llega, cómo se llega a Ti.
Desde que dejaste de creer en mí
está abierto mi abismo y cerrada Tu puerta,
la puerta que lleva a Ti.
¿Qué se hace para que comiences a creer en mí?

Cimientos

(Fragmento. Versos parahamletianos, Varsovia, 1936.)

3

¿Y tal vez Él no sea tan gran Señor
como los filósofos lo consagraron?
¿Y tal vez padezca igual que la gente?
¿Y tal vez no sea en absoluto tan poderoso?
¿Y tal vez golpee al portón de los mundos
cada noche, como un mendigo agobiado?

4

¿Cuándo fue que una noche así anocheció?
¿Cuándo fue que un tiempo como éste maduró?
Puede ser que Él se lo esté preguntando como yo
en la noche, cuando el demonio golpea y vocifera.
El asesino está de un lado de la noche,
del otro lado estamos Él y yo.

¿Cuándo fue que una noche así anocheció?
¡Una misma noche para Él y para mí!

A los dos nos dice el asesino: ¡Mata!
¿Cuándo fue que una generación así se generó?

Los príncipes de los orígenes

(Fragmento)

Cuando yo, un judío de Varsovia, quedé suspendido
entre Nueva York y La Habana,
las veintidós letras de mi abecedario
me descolgaron del patíbulo
y me llevaron a su sagrada casa.
Y cuando yo dejaba mi refugio de letras para ir
a ver desfiles de mulatos por las calles de La Habana,

ya sabía que tal como yo, el judío,
sigo andando entre rocas y profetas
por alguna parte del desierto de Judea,
así sigue eternamente vivo
el hondo espíritu ancestral de África
en los ojos, gestos, danzas y tambores de sus hijos;
y que no perdieron nada de su encanto original
ni sus danzas inmemoriales perdieron su ritmo.

Y cuanto más salvaje y propio
era en sus maneras el carnaval de la jungla
más claro se me hacía
de las eternas formas lo inmutable:
es imposible cambiar lo que tienen de distinto
los príncipes de los orígenes humanos,
que más allá de lugar y tiempo, se alzan como gigantes.

Anochecer en La Habana

El anochecer,
— mulato demasiado alegre,
narcotizado —
relampaguea sobre La Habana
con oscuridad de chocolate;
baila y vocifera
con encendido aliento.
Y yo, un judío,
a una Don Quijote y molino de viento,
en medio de la barahúnda
escuchar a Dios pretendo.

¿Quién tiene la culpa?

(Varsovia, 1933)

¡Quién tiene la culpa de que sucumbamos,
de que no sepamos qué hacer con nuestras vidas!
Dentro de centenares de años, un ojo
se atragantará de sol, y de niños resonará la risa.

Y aún surgirán manos piadosas
en lugar de las que alzan bayonetas;
y florecerán poetas bucólicos
cuya grandeza consista en que nada recuerdan.

Quien sucumbe es culpable. Desolación es culpa;
y la culpa es castigo, y el castigo no ha de omitirnos
porque se rebasaron las medidas
y lo que una mano siembra, ha de cosecharlo.

Gases han de asfixiarnos. Hemos de yacer bajo cenizas
y el verdor heredará las parcelas muertas;
y una joven lluvia lavará la vieja tierra
y las cosas hablarán una nueva lengua
y Dios descenderá y resonará la risa de los niños.

Enero 1938

Un perro cansado que dormita ante su cucha,
yazgo ante Ti sin transgresiones ni buenas obras,
un hijo malogrado
de antiquísimos padres, leones en Judea.

La cabeza sobre las patas yo acecho en la arena,
acunado por moscas y en mí el vacío.
El sol, Tu palabra que arde,
sólo me calienta el lomo en mi pereza.

Pero en alguna parte domina ya Tu mano la tormenta,
y mientras mi cabeza sigue apretada contra la arena,
Tu rayo todo temblor
ata en un haz de fuego cielo y tierra.

Como leve rocío se va a evaporar mi sueño,
va a despegarse de las patas mi cabeza
y yo voy a echarme a aullar.
Enseguida va a desatarse al galope Tu tormenta.

Señor de las catástrofes

"Apaga, sueño tú, mi día,
no quiero mantener los ojos abiertos.
¡Pena mía, duérmete!
¡Duérmete, duérmete, esperanza mía!

"Una cuna soy, una cuna,
y a través de tiempo y sucesos
me acuna y me mece
cierta mano que no veo..."

Así bramo verleniano,
bramo una estrofa cansada...
Pero aquella mano que no veo
una catástrofe prepara.

¡No, no te duermas, pena mía,
y no te duermas, mi esperanza!
¡Revélate, redentor mío,
Señor de las catástrofes!

En recuerdo de mi hijo en el no aquí

a. El llanto

Como hienas
se echaron a aullar sobre Varsovia las sirenas.
Eran advertencias contra ataques aéreos.
Todavía no se había enfurecido entonces
la furia divina.
Faltaban para la guerra un par de años todavía.
Pero aunque era solamente un simulacro
Hersh-Bérele se echó a llorar
como si los demonios de la guerra se hubiesen desatado ya,
e incluso luego, cuando el aullido hubo terminado,
el llanto siguió, siguió.
Y ya no era él quien lloraba; él ya no.
El llanto mismo se ahogaba en llanto.
Desconsoladamente lloraba sin parar.

El llanto lloraba. Debía hacerlo.
Ahora, sabiendo lo que pasó luego,
sé también por qué lloraba el llanto,
y lo que él sabía sin nosotros saberlo.

b. El abismarse

Cuando una nubecita se queda en los cielos sola,
puede detenerse y permanecer quieta
tal como en plena vigilia se detenía en un sueño
mi hijo, con sus cabellos de seda.

Profundo y asombrado se abismaba,
lo poseía cierta fuerza.
¿Estaría viendo y escuchando acaso
a aquellos a quienes antaño perteneciera?
Allá, en su luminosa inmortalidad,
Hersh-Bérele ya vuelve a pertenecerles.

c. La despedida

Te despertaron en tu camita
para que te despidieses de tu padre,
y me entregaste para el camino una mirada
que no deja de acompañarme.

¿No provendrá esa mirada
de aquel sitio donde nada cesa nunca,
donde tú mismo sigues siendo siempre?

Así escucho hablar a mi hijo en el gueto

*En recuerdo de mi primogénito, el pequeño pintor,
(que Dios vengue su sangre).*

Cuando papá me besó
por última vez,
era de madrugada
y llovía mucho.
¿Qué distancia hay, mamá, hasta América?

Tuve un sueño, mamá.
Veó a papá de pie, con una gorra clara.
Sobre él, un sol como vino rojo.
Él abre América para nosotros
y entramos.

Así va a ser
si no nos matan los alemanes.
Mamá, dime: ¿por qué Dios
creó alemanes?

No llores, mamá. Sólo preguntaba.
¿Habrá algún lápiz?
Voy a dibujarte el sol.
Voy a dibujarte a papá
con una gorra clara.
Y los dos vamos a ver
mi sueño.

No tuve el privilegio

Me fui a tiempo y Dios ocultó
de mí los horrores.
¿Por qué? ¿Por qué me fui de Polonia?

No tuve el privilegio de andar con mi pueblo
la senda de fuego,
y me tortura como un pecado imperdonable
la culpa de seguir viviendo,
de seguir viviendo y haciendo versos.
Y esta culpa va a envenenarme
mientras no obedezca alguna de estas tres ideas
que me librarían de ella,
ideas que me esperan y me llaman,
ideas al rojo vivo:
una conduce a la santidad, la otra, a la locura
y la tercera, al suicidio.

Pero el suicidio es demasiado fuerte para mí, el débil;
Mi pequeñez no puede permitirse la santidad
y ni siquiera soy capaz de perder el juicio.

Después de ocurrido todo

Ruina, desolación, montañas de basura,
piedras, ladrillos, huesos.
Quemado el niño, yace su cunita
tirada entre los desechos.

Trozos de vidrio, montones de ceniza,
negras suelas podridas.
Si los pies ya no están,
¿suelas quién necesita?

¿De qué sirve la fragua
si yace sin herrero el martillo?
¿De qué sirve una gorra sin cabeza;
un manto de plegarias sin judío?

Sin embargo tal vez

Un niño judío en un campo
escribió un poema. Había allí,
en ese poema, versos así: ¿Quién sabe?
Sin embargo tal vez haya Dios...
Sin embargo tal vez...

Un abismo de congoja.
Una perla de consuelo.
Una perla de consuelo
en un abismo de congoja.

No puede olvidar mi corazón
ese "sin embargo tal vez".

Biblia

Un judío de los sobrevivientes,
judío polaco, me dijo:
Seguir creyendo en Dios,
sólo usted puede hacerlo todavía,
usted, porque no estuvo *allí*...
Si hubiese vivido todo aquello
se hubiese vuelto otro.

Y le pregunté a aquel judío: Siendo así,
¿por qué sigue usando aladares y barba?
¿Qué le queda sin Dios?
Y el judío me respondió bajando la voz:
La Biblia me queda, la Biblia...
Fuera de la Biblia el mundo es todo pesadumbre...
La Biblia es la dicha terrena... la única alegría...

Y el desaliento que envolvía sus palabras
se volvió un luminoso desaliento .

Pena por el viejo Dios

(Fragmento)

El dolor me produce ganas de blasfemar,
de blasfemar por la catástrofe que nos sucedió,
pero percibo la desventura del Creador:
puede que ella sea todavía más atroz.
El Creador tras Maidanek es un Job,
un Job que no puede demandar a un Creador;
y cuando yo increpo, Él mismo increpa en mí.
En Él arde el llanto
y en Él lloran todas las penas.

Enloquecidamente gira un círculo en un círculo,
y por los años que se hundan en maldad,
se deja oír – y yo también lo percibo – ese gemido,
el gemido de pena por Dios.

Janusz Korczak

Y aquel día Dios mismo
se volvió un callado hereje.
¿Para qué – se preguntó – habré creado el mundo
y las generaciones?
Ni el ministro de las risas celestiales
logró ahuyentar la tristeza del Todopoderoso.

(A menudo solía leerle tonterías
que un filósofo filosofaba respecto de Él
y cosas por el estilo.) Pero ahora había perdido la fe
hasta en su propia existencia.
(Si Yo existo, ¿cómo puede existir
una inmundicia tal como el nazismo?) Alrededor de Él
brotó una muda oscuridad.

Pero entonces llegó a los cielos cierto doctor,
niños detrás suyo marchando en fila
encendiendo el firmamento con una canción.
Observa: los tremendos sucesos se evaporan
y desaparecen.
Mientras viajaban en el vagón de la muerte
cantaban esta canción;
con la misma canción
ascendieron traídos por el humo
y continúan cantándola aquí arriba.

Es una marcha para ir de paseo: “¡Un, dos, tres, vamos
a la tierra de la libertad y la frescura,
a la tierra del verano;
un, dos, tres, a la tierra de sol marchamos, marchamos.
Nuestro andar es grato y ligero! ¡Un, dos, tres,
a la tierra del sol, a la tierra del verano!”

El doctor marcha delante, un poco encorvado;
tras los anteojos sonrían sus pequeños ojos bondadosos;
siguiendo el ritmo se sacude su rubia barbita cana.
Y también él, el hombre mayor, el doctor, con ellos canta:
“¡Un, dos, tres y nada de preocuparnos! Vivimos
y a la tierra del sol nos llevan nuestros pasos”.

Y el Creador les tomó prestada la alegría, y dijo:
– Ahora compruebo que realmente existo.

Lo que yo sé

a.

Yo no soy grande, pero sé lo que es grandeza.
Llevo en mi corazón su medida
y no pueden engañarme.
De la grandeza observé los éxtasis
y sus hondos pesares.

Aquella grandeza de un judío del Salterio
que largas generaciones forjaron
hasta ser Hilel, hijo de Aarón-Eliezer, que fue asesinado
por la sentencia más inicua de todas las sentencias.
¿Pero cómo es que pudo dejar de ser? ¿Cómo puede el asesino
matar la eternidad de la grandeza?

b.

Yo sé lo que es grandeza.
Pequeñez no puede engañarme.
Y sé lo que es belleza.
Bajo un mismo techo conviví con ella.

Aquella belleza de las hijas de Israel
que generaciones forjaron sobre tierra polaca,
hasta hacerse Tolie, la hija de Hirsh-Ber
que era mía y no lo era
(la belleza sólo es dada en préstamo sobre la tierra).
Y ella fue asesinada por la sentencia
más inicua de todas las sentencias.
¿Pero cómo es que pudo desaparecer? ¿Cómo puede
matar el asesino la eternidad de la belleza?

El sello de Dios

Cuando reflexiono sobre aquello que personas,
criaturas de mi especie,
le hicieron a millones de seres de mi antiguo origen;
cómo cierto alemán-Caín facha de araña,
que moviendo un dedo te condenó a las llamas,
me devora la vergüenza de ser parte
de los vástagos de la serpiente, de los bastardos de Eva
(hierva en ellos el veneno de su padre)
y maldigo el “creced y multiplicaos”.

Pero cuando recuerdo que tú, que también tú,
belleza de querubín hecha mujer,
fuiste persona, con cuerpo de persona,
brota tal luminosidad de tu recuerdo
que hondamente asombrado como un niño
vuelvo a ver sobre la gente el sello divino,
y en voz baja murmuro para mí: Y Dios creó a la persona,
a su imagen y semejanza la creó.

Canto al sabra

(Nueva York, 1948.) (Fragmento)

¡Compréndelo!
Aunque en la crónica de las generaciones
yo sea apenas un punto sin envergadura,
lo que digo te es dicho
en nombre de una bimilenaria angustia;
en nombre de una santidad torturada
que es tu herencia.
Constituyes, lo quieras o no, el heredero.
Debes corregir las lágrimas
que generaciones vertieron
por la destrucción de Jerusalén.
Debes darle sentido a la sangre
que corriera dos mil años
y, lo que resulta seis millones de veces más difícil,
darle sentido a Maidanek, darle sentido a Treblinka.
Generaciones te alcanzaron un vino de vinos,
un oscuro brebaje de penas judías;
no vuelvas el rostro, ¡bebe!

Dos mil años recordamos Jerusalén
hasta que te sangramos
la nueva.
Ahora vamos a tener que recordar Maidanek.
Si olvidas, profanas un juramento
y el Estado judío sólo será un episodio.
En cada una de tus fiestas, en tu mayor alegría,

no has de olvidar la endecha,
ni las lamentaciones.
Si te olvidase, *Maidanek*, que se seque mi diestra;
que mi lengua se pegue al paladar, si no te recordase.